

Globethics Repository



Murallas y barrios cerrados [Walls and gated communities]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Arizaga, María Cecilia
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-15 03:19:19
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219140

Murallas y barrios cerrados

La morfología espacial del ajuste en Buenos Aires

María Cecilia Arizaga

En los últimos años, la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores suburbanos están afectados por procesos duales. Mientras se consolidan condiciones de creciente pauperización, ciertos espacios se levantan como «islas de la ciudad global». Uno de los casos más visibles es el de los barrios cerrados y «countries», experiencias de suburbanización de un estrato medio poco castigado por las políticas de ajuste. Los análisis de diversos autores sobre el impacto que los procesos de reestructuración económica imponen al espacio urbano resultan útiles para la reflexión sobre este fenómeno. El objeto del artículo es una aproximación al tema en sus complejas modalidades locales.

En la década de los 80 comenzaron a aparecer en la zona norte del Gran Buenos Aires los primeros barrios cerrados (BC). Se sumaban a los «countries», viviendas de fin de semana agrupadas en predios también cerrados, con instalaciones deportivas y sociales, cuyo origen se remonta a los años 40, paralelo a la construcción de las autopistas suburbanas. Los BC tienen el acceso restringido como los «countries», pero no cuentan con instalaciones comunes. A la vez, desde los 90 se consolida un singular fenómeno paralelo: el uso de la «casa de fin de semana» como vivienda permanente. El número de familias (en su mayoría entre 25 y 45 años, con hijos pequeños) que adoptan esta modalidad de vivir en los BC se duplica cada dos años. En 1990 eran 1.956 familias; después de 1996 fueron más de 5.000¹. El caso pionero y paradigmático es el partido bonaerense de Pilar, ubicado a 50 Km al norte de la Capital Federal, aunque el fenómeno crece sostenidamente hacia el oeste y el sur.

Para intentar comprender este desplazamiento de la ciudad al suburbio cerrado –y que últimamente se extiende a ciudades del interior como Córdoba,

MARÍA CECILIA ARIZAGA: socióloga argentina; miembro del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

1. Datos suministrados por el arquitecto Francisco Kocourek, creador de *countries*, y por la revista *Apertura*, ed. especial «Guía de bienes raíces», Buenos Aires, 1998, p. 22.

Palabras clave: polarización social, cambios urbanos, barrios cerrados, Buenos Aires.

Santa Fe y Resistencia—, es preciso analizar los cambios profundos en las estructuras y el sistema de las ciudades. Esta transformación implica el paso de una economía industrial a una informacional, y con ello el cambio en la estructura ocupacional. El fenómeno se da a escala global, si bien su impacto es diferencial en tanto se trate de grandes, medianas o pequeñas ciudades, y de países centrales o periféricos. Como señalan varios autores, la globalización tiene un alcance planetario, pero su efecto no es el mismo en todos lados (Castells 1995 y 1997; Featherstone; Hopenhayn; Sassen). Sin embargo, en el análisis que autores como Castells y Marcuse hacen de la transformación de la estructura ocupacional a partir del impacto de la nueva economía de tipo informacional y su efecto directo en la morfología social urbana, encontramos claves interesantes para pensar los nuevos usos del espacio de los distintos sectores porteños, atravesados por los efectos de la reestructuración ocupacional, teniendo en cuenta el terrible impacto de reacomodamiento que esta situación provoca.

La nueva morfología social urbana: el mapa de la anomia

La irrupción de los BC no es el único cambio visible que encontrará el observador en su recorrido por Buenos Aires y su periferia. El suburbio bonaerense ha sufrido transformaciones que aunque permitan establecer un patrón común en la tendencia, muestra diferencias de intensidad según la localización norte, oeste o sur —e incluso dentro de cada una de ellas. Dentro de la Capital Federal, el mapa social también se divide en un Norte tradicionalmente rico, un Oeste de capas medias y un Sur empobrecido sistemáticamente. Sin embargo son cortes que no pueden considerarse rigurosos; sobre todo hoy presentan quiebres que los vuelven más flexibles y continuidades que subrayan las diferencias. Lejos de parecer contradictorio, esta doble cara del mapa social explica el mosaico de la ciudad y el suburbio. Mientras sectores sociales diferentes conviven en un mismo espacio tajantemente escindido, se intensifica el contraste histórico entre el Sur pobre y el Norte opulento.

Para comprender este fenómeno, resulta útil detenerse en el análisis de Castells sobre el impacto que la sociedad informacional produce en la estructura ocupacional y consecuentemente en la configuración socioespacial, dando lugar a lo que llama «la ciudad dual». Las nuevas tecnologías tienen una función instrumental en el proceso de reestructuración de la fuerza de trabajo, con el consiguiente impacto en la estructura social de la ciudad. La reestructuración beneficia la capacidad de negociación del capital frente a los trabajadores y flexibiliza la fuerza de trabajo a partir de múltiples facetas que provocan una pérdida del control del proceso de trabajo por parte de la mano de obra, y su consiguiente segmentación. Sumado a esto, la emergencia de la economía informacional tiende a polarizar la estructura del empleo, ya que mientras algunas labores aparecen como residuales y en franco deterioro, otras emergen como los nuevos espacios del capital. Ello crea una creciente desigualdad en la distribución del ingreso: según la Cepal, la Argentina tiene 8 millones de pobres (con un ingreso menor a 148 dólares mensuales) y 2,5 mi-

llones de indigentes (por debajo de 74 dólares). Las cifras de la polarización expresan que un 10% de la población concentra el 35,8% del ingreso nacional y el 40% más pobre recibe un 14,9%². En las capas medias esto tiene fuerte impacto, ya que las industrias de alta tecnología, a diferencia de las pesadas, tienden a generar una demanda de empleo polarizada (alto y bajo), dejando de lado las posiciones tradicionalmente ocupadas por las capas de ingresos intermedios³. En la Argentina, según datos de 1997, el 41% de la clase media en edad de trabajar está inactivo, pero el 30,1% tiene sobreocupación. Mientras tanto, esto es percibido como una progresiva desaparición de clase y fractura a los sectores medios de manera tajante; el 47,8% del total de desocupación corresponde a la clase media baja, el 17,5% a la media y el 8,4% a la media alta⁴.

Una sociedad polarizada y simbiótica

El declive y fractura de las clases medias en la Argentina, en especial en Buenos Aires, abarca diferentes aspectos de la realidad social. El proceso de suburbanización «encerrada» no parece estar al margen. Las posiciones más débiles dentro de la sociedad son desplazadas del proceso productivo informacional dentro de un contexto fuertemente discriminatorio, en donde la baja cualificación va muchas veces acompañada de diferencias étnicas, de clase, género, edad, etc. La exclusión adquiere así la categoría de marginalidad, no solo del mercado de trabajo sino del conjunto del sistema social. Quien desde la baja cualificación consigue un empleo, posee una inserción laboral vulnerable, generalmente dentro de un segmento informal, muchas veces como servicio de las demandas sofisticadas que el nuevo estilo de vida impone a la «nueva crema» de la economía informacional. Esta situación, que Castells sitúa como ejemplar en Nueva York, no parece, a grandes rasgos, diferir de las que se presentan en los espacios más sofisticados de Buenos Aires y en las urbanizaciones cerradas. Es más, esta es una de las típicas circunstancias de cruce con la otredad que se produce en estas áreas. Es también la justificación más poderosa que esgrimen las autoridades municipales para la generosa e ilimitada facilidad con que se otorgan permisos para estos emprendimientos⁵. Sin embargo, no siempre la otredad es el vecino del barrio pobre o marginal más cercano, ya que muchas veces, y sobre todo con los servicios, se contratan empresas privadas (seguridad, recolección de basura, jardinería y limpieza doméstica, por ejemplo). La relación con el Otro combina polarización e interdependencia, entre servicio requerido y fuente de trabajo, logrando cierta relación polarizada e interconectada, aunque solo en lo estrictamente necesario ya que prima la intención de reducir la dependencia (v. Marcuse).

2. Pablo Kandel: «Argentina: 10,5 millones de pobres» en *Clarín*, 5/5/99, Buenos Aires, p. 20.

3. Lester Thurow: *Disappearance of the Middle Class*, cit. en M. Castells 1995.

4. Luis Varela: «Lenta desaparición de la clase media» en *Clarín*, 16/9/99.

5. Al respecto se pronunciaron representantes de la municipalidad de Pilar en el marco de la Jornada sobre Barrios Cerrados e Impacto Ambiental, Buenos Aires, 1998.

¿Cómo la globalización influye en la fragmentación dentro de las ciudades y de la vida dentro de los barrios? Marcuse encuentra dos líneas de respuesta. Una es la que sigue el análisis de Reich⁶, sosteniendo una menor dependencia de las elites respecto a los grupos sociales más bajos: la gente rica es cada vez más independiente del Otro (el «otro» más pobre), por cuanto su mundo de vida trasciende absolutamente su lugar de residencia. Esta idea daría lugar a una sociedad crecientemente desconectada, fragmentada y polarizada, social y espacialmente. La otra línea de razonamiento analizada por Marcuse, es la que Sassen⁷ desarrolla como un tipo de simbiosis socioeconómica dentro de una sociedad cada vez más polarizada. De esta manera, la desigualdad creciente en la distribución está conformando sociedades en las que el modelo de la «sociedad de los dos tercios» no alcanza para ver la complejidad de las divisiones. Marcuse propone una división basada en cinco categorías de personas: los propietarios de la riqueza y de las decisiones de poder, cuya riqueza y poder van en aumento; los profesionales, técnicos y gerentes, quienes junto con los propietarios son los «ganadores» en el proceso de cambios económicos, que vienen acrecentando su ingreso y privilegios aunque sin abandonar la inestabilidad que la nueva situación genera; la clase media en caída (también en muchos casos, profesional o semi profesional) que viene experimentando un fuerte decaimiento de su estatus y estabilidad; la «vieja clase trabajadora» sufriendo la continua erosión de su calidad de vida y el declinamiento ostensible de sus antiguas conquistas; y por último, los excluidos y marginales, víctimas principales del proceso de transformación económica, al margen de toda actividad dentro del mercado formal y prescindibles hasta como «ejército de reserva». Es en el marco de este análisis de la estructura social en donde Marcuse ubica la creciente fractura espacial: exclusión social que se transfiere al espacio, donde la estigmatización del marginal como peligroso aparece como uno de los motores de la espacialización de la diferencia. Esta división propuesta puede encontrar cierta relación con los cinco tipos de ciudad que este autor analiza y resulta útil para situar el perfil estructural del segmento de clase media que está emigrando hacia el barrio cerrado, diferenciándolo de la elite propietaria. La ubicación más adecuada parecería ser la del nivel inmediatamente inferior, profesional y gerente (en relación de dependencia con la elite, en muchos casos), que aumentó (o en el peor de los casos mantiene) su nivel de vida, lo que los coloca en una situación de móviles ascendentes, pero que son alcanzados por la situación de inestabilidad aún en los puestos más jerárquicos del segmento.

La suburbanización en BC aparece como una de las respuestas posibles a esta situación de inestabilidad; quienes emigran a ellos resaltan la seguridad de estos espacios, abandonando una ciudad que ven caótica y violenta. Esta seguridad frente al caos imperante se percibe a dos niveles: ante la per-

6. R. Reich: «La nueva comunidad» en *El trabajo de las naciones. Hacia el capitalismo del siglo XXI*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1993.

7. S. Sassen: «A New Trends in the Sociospatial Organization of the New York City Economy» en R. Beauregard (ed.): *Economic Restructuring and Political Response*, Sage, 1989 (cit. en Marcuse).

cepción de violencia creciente, por medio de murallas y sistemas de seguridad privada, y, por otro lado, el resguardo de la mirada del adentro hacia fuera como del afuera hacia adentro. Solo el «nosotros» existe, al menos mientras estamos dentro. Ello brinda cierta seguridad y estabilidad, al ser un «nosotros» autoconstruido, coherente y conocido.

Servicios *high tech* y el fin de la idea de un «futuro para todos»

Al tiempo que crece en demandas sofisticadas el sector nodal de la nueva economía, desaparecen las condiciones de supervivencia de los grupos desplazados. Desde una perspectiva sudamericana, Hopenhayn analiza los efectos que las políticas de privatización tienen sobre la sociedad. Estos efectos, lejos de ser homogéneos resultan diametralmente opuestos según se ocupe uno u otro extremo de la estructura socio-ocupacional. A partir de un análisis que centra lo simbólico del proceso de privatización, Hopenhayn habla de una cultura de la privatización que se internaliza en las conciencias de pobres y ricos de maneras marcadamente diferenciadas. Si entre los incluidos y opulentos se refleja en una expansión de la lógica privatista con su sentido de instrumentalidad y eficiencia a la vida cotidiana (en los lazos sociales, en el consumo privado suntuario, etc.), en los sectores excluidos y marginales «lo privado deviene privación» (p. 44). Y en este sentido no son solo las cuestiones simbólicas que refiere el autor las que quedan al margen de estos sectores (percepción de movilidad social, perspectivas de bienestar) sino, dialécticamente con éstas, cuestiones de orden puramente material, en donde la desaparición de las políticas públicas fueron sistemáticamente despojándolos de las condiciones más elementales de supervivencia. Es en este marco de crisis donde puede pensarse el delito como síntoma anómico, más allá de que como plantea Hopenhayn sea la contracara de una cultura triunfante, o el paso cuasi obligado de subsistencia a la economía informal del narcotráfico que sugiere Castells. La anomia aparece como síntoma de un vacío desde el plano estrictamente material, al excluir de las condiciones más básicas de subsistencia a un gran porcentaje de la población, y desde lo simbólico al vaciar de contenido todo sistema normativo, con la disolución de los lazos sociales y sistemas de creencia apoyados en ideas de justicia social y de «un futuro para todos».

El tema de la inseguridad ciudadana⁸ adquiere así un plus simbólico que acompaña las condiciones objetivas del delito y se expresa en un clima de paranoia generalizada que divide la ciudad y su suburbio en zonas abiertas y peligrosas y zonas cerradas y seguras. La ciudad dual es también la que contiene a la «ciudad mala» y a la «ciudad noble». Es así que la ocupación cuasi militar del espacio—Castells (1995) la ejemplifica en Los Angeles, que se ha hecho paradigmática para el análisis del atrincheramiento desarrollado (Blackely/Snyder; Davis), así como lo es San Pablo para el «emergente» polo sudamericana-

8. En el último año el tema de la inseguridad ciudadana ha ocupado un lugar destacado en los discursos mediáticos y políticos, y se han acrecentado las demandas vecinales de seguridad pública, mientras aumenta el gasto destinado a seguridad privada.

no (Pires do Rio Caldeira) –viene a graficar estas desigualdades y construye simbólica y materialmente «fronteras entre la ‘normalidad’ y la ‘anormalidad’»

Si en los sectores medios-medios fuertemente amenazados por el ajuste, el consumo cultural aparece como una táctica de inclusión en tanto elemento de distinción de clase⁹, en un estrato más alto de esos sectores medios, donde la amenaza del ajuste proviene de los miedos al Otro –percibido como lo violento, lo peligroso–, la estrategia de inclusión se espacializa en el barrio cerrado. Estas urbanizaciones parecen graficar la lógica de «ganadores y perdedores»¹⁰ y muestran un aspecto significativo del proceso de transformación que se está llevando a cabo en la morfología social urbana y suburbana dando cuenta de la correspondencia entre patrones territoriales particulares y patrones de organización económica determinados, como conformadores de modelos culturales. Dentro del contexto latinoamericano, Herzer y Pírez analizan que frente a la crisis los distintos sectores desarrollan diferentes *estrategias para vivir*. Los altos y medios altos sustituyen las carencias de los servicios públicos por su privatización dentro de espacios cerrados, donde tienden a reproducir las condiciones de vida de los países avanzados. Los más pobres sufren esta degradación y desaparición de lo público y sobreviven en asentamientos sin servicios, cuyas carencias muchas veces son suplidas en parte por la autoproducción, lo cual implica un sobredimensionamiento del esfuerzo individual y colectivo. En tanto, los sectores medios pauperizados por la situación se encuentran impedidos de acceder al mercado para su plantar la oferta pública, y no cuentan con el capital histórico de las clases populares en la experiencia de la producción colectiva. Así sus condiciones de vida se ven fuertemente deterioradas y grandes zonas de la ciudad quedan en estado de abandono¹¹. Este dualismo no da solo como resultado dos mundos diferentes. Más bien genera una variedad de universos sociales cuyos estilos de vida y usos del espacio refieren directamente a su lugar en esta nueva estructura ocupacional y tiene como características esenciales la fragmentación, la marcada delimitación y el bajo nivel de comunicación entre estos universos. Las diferencias en las posibilidades de acceso a las nuevas tecnologías de información y comunicación (TICs) levantan murallas de silencio entre universos contrapuestos aunque cercanos en el espacio, mientras enlaza universos similares espacialmente distantes.

Existen investigaciones que hacen referencia a una suerte de mapa de las TICs en Buenos Aires y el conurbano, que dibuja «islas de consumo tecnológico acotadas a determinadas áreas urbanas»¹². Así, el dualismo conduce a una segregación voluntaria (en el caso de los que están en condiciones de op-

9. Esta idea aparece en la investigación llevada a cabo por Ana Wortman, en la que participo como auxiliar; proyecto UBACyT, IIGG.

10. Entendiéndola en el marco de un sistema de exclusión: los incluidos y quienes son excluidos respectivamente.

11. H. Herzer y P. Pírez: «Municipio y participación popular en América Latina» en *Desarrollo Económico* vol. 29 N° 114, 7-9/1989 (cit. en Heck, pp. 25-26).

12. S. Finquelievich, A. Vidal y J. Karol: *Nuevas tecnologías en la ciudad. Información y comunicación en la cotidianeidad*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992

tar)¹³, e involuntaria y forzada para los excluidos. Esta segregación se da en términos espaciales, donde los BC y las nuevas «torres countries» constituyen el ejemplo más acabado, que se refuerza con un aumento del costo del suelo en áreas residenciales que Castells ve como impulsor de la homogeneidad al tiempo que impone segregación, diversidad y jerarquización. Pero la segregación también se establece en términos culturales y de comunicación, ya que agudiza la brecha entre un sector superior, cosmopolita, conectado virtualmente a escala interplanetaria aunque prácticamente desconectado a escala local, y el resto que limita su mundo a su propia identidad y a las imágenes estandarizadas del televisor. Esta ciudad es la que produce una tensión entre la elite global y una mayoría local (Castells 1997). La brecha entre una y otra resulta tan violenta que la inmovilidad social de los sectores excluidos se da no solo desde el plano de las condiciones objetivas de pauperización y miseria sino en lo subjetivo desde el momento en que la distancia es tal que la elite ya no es percibida como modelo a imitar por lo inalcanzable que este modelo resulta.

Ciudades distintas que conviven en una

El proceso de segmentación que los cambios en la economía y el consiguiente reajuste de la estructura ocupacional impusieron, ha fortalecido un modelo de ciudad escindida que si bien no es nuevo, sí parece tomar nuevos bríos y formas. Las nuevas condiciones económicas crean oportunidades para la expansión de la ciudad posfordista, y a la vez ésta refuerza las condiciones específicas al modelo informacional de la economía. Frente a este panorama, se hace imposible hablar en términos teóricos y prácticos de «la ciudad» como un espacio homogéneamente definido. Si bien el concepto de Castells (la «ciudad dual») da cuenta de la creciente polarización que se establece en el mismo espacio urbano, Marcuse desde la geografía de la ciudad posfordista expone otro tipo de ciudad, que se complementa con aquella: «The Quartered City». El concepto parecería jugar con una doble acepción de la palabra *quarter*, donde la idea de barrio y vecindad se cruza con la de *descuartizar* (el espacio). Otra acepción resulta interesante para el caso que nos ocupa y es la de *cuartel*, si se tiene en cuenta la relación que se establece entre los distintos *quarters* y donde la *militarización* del espacio aparece como respuesta dominante. En la idea de Marcuse aparece así una ciudad con islas de riqueza, en donde hay una selección de zonas a manera de «islotas» de ciudad globalizada y planetaria rodeadas de un resto marginal. Extender el concepto y los tipos de ciudad analizados por Marcuse a la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores suburbanos no intenta establecer la linealidad de los fenómenos. Más bien esta es una primera reflexión desde la lectura del concepto frente a la experiencia urbana y suburbana del Buenos Aires actual.

(cit. en S. Finquelievich y E. Schiavo (comps.): *La ciudad y sus TICs*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998, p. 80.

13. Fenómeno que la investigadora Marie France Prevot Schapira llamó «de secesión» (conferencia en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, Area de Estudios Urbanos, Buenos Aires, 1998).

La ciudad *cuarteada* da cuenta de un arreglo espacial –tácito en algunos casos y expreso en otros, voluntario o involuntario según sus actores y situaciones respectivas–, que *descuartiza* la ciudad a partir de distintas dimensiones (étnicas, género, raza, sexo, edad) y teniendo en cuenta los usos de la misma. Así aparece la ciudad *cuarteada* residencial y la ciudad *cuarteada* de las actividades de negocios y económicas. En cuanto al uso residencial, Marcuse encuentra cinco ciudades dentro de la ciudad cuarteada:

La ciudad lujosa. Donde la elite fija su lugar de residencia. Esta área se caracteriza por estar bien definida pero carecer al mismo tiempo de límites expresos. La exclusividad es lo que establece el acuerdo tácito de limitación espacial –y siempre simbólica. Es un rasgo a tener en cuenta al analizar los BC y su necesidad expresa de límites materiales. Tal como afirma Castells (1995), la elite no necesita resguardarse en el suburbio para reconocerse como diferente sino más bien mantiene lugares exclusivos dentro del casco céntrico para ostentar su superioridad. El sector que hoy emigra a los BC, en su mayor parte no integra histórica ni circunstancialmente esta elite, más bien está en el nivel que Marcuse sitúa en el estrato intermedio entre la elite y la clase media castigada por los cambios económicos. Los agentes inmobiliarios que comercializan estos emprendimientos comenzaron apuntando al segmento ABC1 y hoy lo extienden al C2 y C3 con ingresos de hasta 3.000 dólares mensuales¹⁴.

La segunda ciudad analizada por Marcuse refiriéndose al uso residencial, es la ciudad ennoblecida por los procesos de *gentrificación* («gentrified city»). Sus moradores pertenecen a un universo que encuentra en el espacio urbano comodidad y saciedad para sus hábitos de consumo. Generalmente son profesionales, gerentes, «yuppies de 20 y profesores de 60» como grafica Marcuse, que se establecen en zonas céntricas –generalmente con un plus simbólico en términos de patrimonio histórico y/o artístico–, y que valoran la cercanía entre residencia y trabajo, los contactos personales y –esto no lo dice Marcuse, sino que se agrega acá desde una primera aproximación a la perspectiva porteña–, los consumos culturales «situados»¹⁵. Estos consumos culturales se caracterizan por abarcar una amplia gama de intereses que exceden lo tradicionalmente incluido en lo cultural (entiéndase, el teatro, museos, galerías de arte, cine, conciertos), extendiéndolo a las salidas sociales a restaurantes y bares que en muchos casos proponen cierto contacto con la cultura, por ejemplo exposición de pinturas u otra expresión artística, aunque no de manera estrictamente necesaria. Lash y Urry analizan esta inclinación al pasado como un aspecto del tiempo de la alta modernidad, en su constante remisión a un tiempo glacial. Es la nostalgia de un pasado idealizado, que se despoja de toda carga negativa, ocultando las desigualdades y el dolor remoto estereotipándolo y convirtiéndolo en espectáculo, un pasado ficcional. Entienden, por otra parte, que esta recurrencia desvía la atención de las ine-

14. Revista *Apertura*, cit., p. 22.

15. Entendidos como no domésticos.

quidades del presente. Así se construye una «industria de la heredad»¹⁶, que se extiende a artefactos, oficios, edificios y lugares (una revalorización tanto del casco urbano como de la «vuelta al campo». En el amplio abanico que comprende a la clase media porteña, como contracara a la «huida» se produce un reciclado de ciertos barrios tradicionales con fuerte carga simbólica¹⁷. Son reapropiados por nuevos sectores, cuyo ingreso puede asimilarse a los residentes de BC, sin abandonar al modelo de vecino histórico, conformando mosaicos de lo nuevo y lo viejo en sus prácticas, estéticas y actores. Quienes optan por la ciudad reciclada valoran simbólicamente —y también en los más estrictos términos de mercado—, un entorno «pasado» que se vuelve escenografía. Incluye a la fachada, así como al antiguo vecino, mercadito o taller. Al mismo tiempo, desoyendo las voces del pasado, surgen lejos de todo reciclaje nuevas y enormes «torres barriales» que funcionan como «torres countries»: amuralladas, con seguridad privada y tecnologizada, más simulacros de *vida verde* (piscina, solarium, gimnasio, etc.) en barrios disímiles como Caballito, Belgrano, Núñez, Barracas, etc., que se ofrecen como «Un barrio cerrado sin salir de Capital»¹⁸. En el Abasto la erección de estas torres encontró en los nombres la vuelta al pasado; allí se mezcla la modernidad del rascacielos con el imaginario tanguero de Homero Manzi o Carlos Gardel.

Como tercera ciudad residencial, Marcuse señala la ciudad suburbana de la familia tradicional. Es la ciudad de la pequeña burguesía, compuesta mayormente por los «trabajadores de cuello blanco». El análisis de Sennet sobre el proceso de suburbanización de las clases medias de la sociedad «opulenta» norteamericana en las décadas del 50 y 60, deja ver los imaginarios contruidos en torno de la *huida* de la ciudad caótica y la preeminencia de valores muy tradicionales que priorizan la propiedad, el consumo, la seguridad y la estabilidad en combinación con las nuevas posibilidades dadas por la creciente sociedad de consumo. La casa suburbana aparece como el símbolo de «uno mismo», cumpliendo una función de diferenciación con los estratos más bajos, seguridad física contra los extraños, y escape del trabajo cotidiano (así resulta funcional la separación residencia-trabajo). La tradición suburbana norteamericana es muy anterior a la argentina y con una historia diferente¹⁹,

16. Ver S. Ewen: *Todas las imágenes del consumismo*, Grijalbo, México, 1993, esp. cap. X.

17. Barrios como el Abasto, Palermo Viejo, Bajo Belgrano. Si bien estas áreas están sufriendo procesos de cambio, la intensidad, causas y efectos no son las mismas. Por ejemplo en Palermo Viejo el reciclaje de viviendas antiguas actuó como fundamental motor del cambio, mientras que en el Abasto el reciclado del Mercado como *shopping*, y las torres que se levantan alrededor, parecen actuar como fuente de impulso para el resto del barrio con efectos hasta ahora menores que en el caso anterior. El Abasto es un tradicional barrio porteño donde en décadas pasadas funcionó el Mercado que le dio su nombre y que condensa una fuerte representación de «lo porteño»: el tango, el conventillo, el compadrito. El barrio actualmente tiene gran cantidad de viviendas «tomadas» y pensiones que le dan su fisonomía propia, mezclándose con los nuevos emprendimientos.

18. Eslógan publicitario de una torre, que aparece en los suplementos inmobiliarios de la prensa.

19. En Estados Unidos a partir de la segunda posguerra el crecimiento económico fue acompañado por la suburbanización de las clases medias (v. al respecto R. Sennet: *Vida urbana e identidad personal. Los usos del desorden*, Península, Barcelona, 1975. En la Argentina,

sin embargo los imaginarios que Marcuse y Sennet le confieren al suburbio resultan útiles para pensar las representaciones de los residentes de estas urbanizaciones, teniendo en cuenta otro rasgo local: la muralla. El carácter cerrado de estos emprendimientos aparece también como respuesta a la existencia de una estructura urbana previa producto de un primer proceso de suburbanización por parte de sectores populares y de enclaves marginales tipo *villa miseria*, tal como es analizado por Torres. Un aspecto adicional a considerar en la construcción del imaginario suburbano se relaciona con otro efecto de la nueva percepción del tiempo y el espacio a la que hacían referencia Lash y Urry, relacionada con una revaluación de la naturaleza, cada vez menos descartable y asignándole a cada persona el derecho de preservarla, construyendo un interés que se extiende horizontalmente hacia las generaciones futuras. Estas ideas de vuelta a la naturaleza y preservación, asociadas en particular a corrientes tipo *New Age* y filosofía «verde», parecen ser apropiadas para el imaginario del *country* y del barrio cerrado. Tanto es así que ocupan un lugar predominante en el discurso mediático y en la publicidad de los suplementos dedicados al tema²⁰.

Por otro lado, la ciudad de los vecindarios, siguiendo el análisis de Marcuse, está compuesta por las viviendas económicas de los obreros de bajos salarios y muchos trabajando en la economía informal. Es la ciudad que concentra a los trabajadores más vulnerables del nuevo sistema de empleo, que generalmente no cuentan con beneficios sociales ni con salidas a su precaria situación. Este espacio urbano puede verse amenazado por los emprendimientos inmobiliarios de renovación urbana y de «ennoblecimiento». La expropiación del barrio ha sido el motor principal de los nuevos movimientos sociales (junto a las nuevas organizaciones de vecinos conformadas para hacer frente al delito)²¹. Por último, Marcuse habla de la ciudad abandonada, que es la de los excluidos, los sin techo, aquellos discriminados étnica, racial y socialmente, o también por edad o género. Es la ciudad carente de servicios públicos y educación, que si bien tiene zonas particularmente abandonadas, amenaza con diseminarse por el resto del espacio urbano.

Reflexiones finales

El análisis seguido por Marcuse presenta un perfil urbano que remite a ciertas características de contraste espacial que hoy ofrece la ciudad de Buenos Aires, con tres cordones claramente diferenciados: norte, central y sur. En el norte, el nivel de NBI (necesidades básicas insatisfechas, indicador que se

durante el periodo 1940-1960 se daba una suburbanización de los sectores obreros a partir de los «loteos económicos» (v. Torres).

20. Los diarios de mayor circulación nacional (*Clarín* y *La Nación*) tienen suplementos semanales dedicados a los BC.

21. Al respecto, en Buenos Aires está la experiencia del MOI (Movimiento de Ocupantes e Inquilinos), del Programa de Desarrollo Local de San Telmo, quienes piden por «el derecho a una ciudad democrática sin expulsos ni expulsados». Con respecto a los vecinos del Abasto, ver el trabajo de María Carman presentado en las Jornadas de Investigadores de la Cultura, I.I. Gino Germani, Buenos Aires, 11/1998.

construye por posesión de vivienda, servicios sanitarios, hacinamiento –más de tres personas por habitación– y escolaridad) es de 4,3% de la población residente, mientras que en el centro es de 6,7% y en el sur del 17,5%, según datos de 1996²². A pesar de las particularidades del caso, las «islas de la ciudad global» creadas por lo que Sassen llama «los nuevos usuarios de las ciudades» dejan huellas en el espacio urbano y suburbano de Buenos Aires y en su morfología social en las diferentes dimensiones del uso del espacio: residencial, económico y de consumos sociales y culturales. El proceso de suburbanización encerrada –el *boom* inmobiliario en la última década–, puede ser leído como una de estas *huellas* de la ciudad global. La riqueza de la noción de «*quartered city*» descansa en su ambigüedad: una ciudad *descuartizada* en zonas «nobles» que aparecen como islas en medio de un espacio pauperizado y peligroso que invoca a la segunda acepción: la ciudad *acuartelada* frente a un Otro que aparece –amenazante– en cada espacio que no esté debidamente controlado; así se van levantando murallas que materializan las divisiones de estos mundos de vida. *The quartered city* también da cuenta de la militarización del espacio como respuesta a la *descuartización*, a través de panópticos sistemas de seguridad privada y de paredes que separan un adentro conocido de un afuera extraño y violentamente percibido. La ciudad amurallada (el *country*, el barrio cerrado y torres *countries*), es así una de las formas que toma la ciudad *acuartelada* frente a la *descuartización* del espacio urbano. Pero el encapsulamiento no es un fenómeno que se reduce al espacio residencial sino que se extiende al ocio y el consumo (*shoppings*, plazas cerradas) como nuevas formas de uso del espacio público.

Bibliografía

- Ansaldi, Waldo: «Fragmentados, excluidos, famélicos y como si fuese poco, violentos y corruptos» en *Revista Paraguaya de Sociología* año 34 N° 98, 1-4/1997, pp. 7-36.
- Blackely, E. y J. Snyder: *Fortress America. Gated Communities in the United States*, The Brookings Institution, Washington, 1997.
- Castells, Manuel: *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano-regional*, Alianza, Madrid, 1995.
- Castells, Manuel: *La era informacional. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, vol. 1, Alianza, Barcelona, 1997.
- Cepal: *Panorama social de América Latina 1998*, Santiago, 1998.
- Davis, M.: *City of Quartz*, Vintage Books, Nueva York, 1992.
- Featherstone, Mike: *Undoing Culture*, Sage, Londres, 1995.
- Heck, Marina (coord.): *Grandes metrópolis de América Latina*, FCE, México, 1993.
- Hopenhayn, M.: *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, FCE, Santiago, 1994.
- Lash, S. y J. Urry: *Economías de signos y espacios. Sobre el capitalismo de la posorganización*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.
- Marcuse, Peter: *Notes for Copenhagen*, Paper gentileza UTDT, 1997.
- Pires do Rio Caldeira, Teresa: «Un nouveau modèle de ségrégation spatiale: les murs de Sao Paulo» en *Revue internationale des sciences sociales* N° 147, París, 1996.
- Sassen, Saskia: «Las ciudades en la economía mundial», ficha del seminario «La ciudad en la economía global», Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 1998, pp. 1-22.
- Torres, Horacio: «La aglomeración Gran Buenos Aires: sus patrones de expansión física y los cambios recientes de su mapa social», Documento de trabajo N° 1/99, Prohab, SICyT, FADU-UBA, Buenos Aires, 3/1999.

22. V. en Ansaldi, p. 14, la cita de un estudio de Artemio López para el IDEP.